

Resumen

La certeza sensible

Si queremos analizar cómo la conciencia humana obtiene saber y conocimiento, debemos empezar con el saber inmediato. Este es un saber puramente sensible. Lo que asimilamos con los sentidos nos parece ilimitado: entramos en el bosque y vemos, escuchamos, olemos y saboreamos una diversidad incontenible. Por eso, este saber nos proporciona el conocimiento más rico, ya que, sin importar cuánto nos esforcemos, no encontramos un principio ni un final en la abundancia que se nos ofrece cuando confiamos en nuestros sentidos. El saber intermedio es verdadero porque, para entenderlo, no necesitamos un saber previo. Simplemente está ahí, sin restricciones y sin comprensión previa. El conocimiento de que algo es, es el comienzo del conocimiento.

"El saber, que es ante todo o de modo inmediato nuestro objeto, no puede ser otro que aquello que es él mismo saber inmediato, el saber de lo inmediato o de lo que es"".

Cuando experimentamos un objeto sensorialmente, ese objeto en sí mismo no es lo único que se necesita para el conocimiento. Para ello se requiere también un sujeto que mire el objeto. También se puede decir que, en cierto sentido, el objeto se duplica:

1. Existe "en sí mismo", es decir, completamente independiente de un sujeto que lo mira.
2. Existe "para otro", es decir, en relación con el sujeto que lo percibe; en este punto, despliega una cualidad diferente.

"Con la autoconciencia entramos, pues, en el reino propio de la verdad"".

El espacio y el tiempo son otros dos componentes de la certeza sensible. El ser está vinculado con un aquí y un ahora. Si, por ejemplo, en la noche se escribe la oración "Es de noche", a la mañana siguiente se comprueba que esta verdad ya no es verdad. La mañana es la negación de la noche. Pero la oración "Es de noche" fue "superada"

por nuestra escritura, es decir, fue guardada. De esta manera, la mañana es, en el doble sentido de la palabra, la superación de la noche.

La percepción

El objeto, el tiempo y el espacio son algo general y, por tanto, poseen mayor verdad y validez que todas las particularidades. El lenguaje humano opera con esas frases y conceptos generales. Cuando hablamos de objetos individuales (por ejemplo, un árbol, un animal o una mesa), nuestro lenguaje se refiere siempre a lo general. Entonces, si estamos hablando de una silla muy concreta frente a una mesa muy concreta, no podemos evitar pensar en lo general con los conceptos "mesa" y "silla". Así que nuestro lenguaje es más general de lo que nos gustaría. Esto tiene como consecuencia que nunca podemos decir exactamente lo que pensamos, que somos incapaces de expresar nuestras impresiones sensibles concretas. Lo general y lo particular están, por tanto, en constante conflicto entre sí.

"La relación de las dos autoconciencias se halla tan determinada que se comprueban por sí mismas y la una a la otra mediante la lucha a vida o muerte. Y deben entablar esta lucha porque cada una debe elevar la certeza de sí misma de ser para sí la verdad en la otra y en ella misma".

Nuestro pensamiento no está satisfecho con la certeza sensible descrita anteriormente. En otro paso interviene la percepción. Literalmente tomamos algo como verdadero, es decir, establecemos una relación entre el objeto concreto percibido sensorialmente y su significado general. Una placa de madera con cuatro patas se convierte, en nuestra percepción, en una mesa. Sin embargo, la percepción le agrega algo más a la placa de madera con patas: las características. Cada objeto reúne en sí mismo una contradicción: es "ser", algo singular que difiere de otros objetos (la mesa no es una silla). Sin embargo, en nuestra percepción se le asignan características que son generales (la mesa está hecha de madera, que también conforma la silla). De esta manera, distinguimos las cosas por el

conjunto de características que las vinculan (positivamente) con otros objetos o que las separan (negativamente) de ellos.

"En el pensamiento yo soy libre, porque no soy en otro, sino que permanezco sencillamente en mí mismo, y el objeto que es para mí la esencia es, en unidad indivisa, mi ser para mí; y mi movimiento en conceptos es un movimiento en mí mismo".

De todo esto se deduce que el objeto está, al principio, "en sí mismo". Pero está dotado "para otros" a través del sujeto que observa y con características generales. Estas características son verdaderas negaciones del "ser en sí mismo". Sin embargo, de la negación surge una nueva verdad: el objeto es "para sí mismo". Solo ahora se puede pensar y, en el siguiente paso del conocimiento, deviene en un concepto con características. Esta interacción entre "ser" y su negación (la dialéctica) está, hasta cierto punto, condicionada estructuralmente. La negación forma parte de la comprensión de la verdadera esencia de las cosas.

Fuerza y entendimiento

Tampoco estamos satisfechos con la percepción. Se pone en funcionamiento una tercera forma del conocimiento: el entendimiento. Mientras que la certeza sensible capta un objeto en su totalidad y la percepción lo subdivide en características, la tarea del entendimiento es crear un concepto de él. Esto significa que el entendimiento pone orden en la multiplicidad de características y "piensa en el concepto". El entendimiento debe reconocer la cosa detrás de las características para poder crear un concepto de ella.

"Para que la autoconciencia sea razón, su relación hasta ahora negativa con la alteridad se convierte en positiva".

La fuerza actúa como categoría, es decir, como modelo del conocimiento. Es la que constituye el interior de los objetos. En realidad, la fuerza siempre existe doblemente: como fuerza y contrafuerza que se influyen mutuamente y compiten entre sí. La fuerza y sus leyes solo pueden captar y examinar el entendimiento.

<https://www.getabstract.com/es/resumen/fenomenologia-del-espiritu/33851>